

EL COMPLEJO DE CONTROL JUVENIL

VICTOR RIOS
UNIVERSITY OF CALIFORNIA

THE YOUTH CONTROL COMPLEX

Con motivo de la traducción y pronta publicación del libro "Punished" de Victor Rios en la colección "Crímenes y Violencias" de la Editorial UNQ, dirigida por Esteban Rodríguez Alzueta, presentamos un fragmento del Capítulo 2 en donde el autor expone su tesis principal: la conceptualización de lo que llama "el complejo de control juvenil".

Las llanuras

En una tarde soleada cualquiera, se puede encontrar una concentración de cientos de jóvenes a lo largo de ochenta y cuatro manzanas de International Boulevard, la principal vía de Oakland, que atraviesa el corazón de seis kilómetros y medio de los barrios pobres y obreros de la ciudad. Esta parte de Oakland es conocida por algunos como las “llanuras” y muchos la asocian con la delincuencia, la violencia y las drogas. Un documental de Discovery Channel de 2009, *Gang Wars: Oakland*, afirma que aquí hay “diez mil miembros de pandillas que gobiernan con fuerza letal” y califica los barrios que estudié de “zona de muerte”. En 2008, esta zona de Oakland saltó a los titulares nacionales cuando se grabó a un agente de tránsito en una estación de BART (metro) disparando y matando a un joven negro llamado Oscar Grant. El joven recibió un disparo en la espalda mientras estaba esposado y tendido en el suelo. Algunos miembros de la comunidad creían firmemente que el asesinato de Oscar Grant no era un incidente aislado. Muchos activistas protestaron y afirmaron que el homicidio de Oscar Grant era consecuencia del acoso y la brutalidad policial sin control.

Unos meses más tarde, Oakland volvió a aparecer en las noticias nacionales: esta vez, un joven negro, de nombre Lovelle Mixon, disparó y mató a cuatro agentes de policía antes de que la policía lo abatiera a tiros, matándolo también a él. Algunos de los jóvenes de este estudio, aunque nunca antes habían participado en ninguna forma de protesta social, tomaron parte en manifestaciones que protestaban por el asesinato de estos dos jóvenes negros. Los medios de comunicación locales y nacionales calificaron estas protestas de “disturbios”, deslegitimando sus llamamientos a la justicia social y reforzando la imagen de una juventud salvaje y delincuente¹. Los jóvenes de Oakland, en los medios de comunicación y en el imaginario público, parecen ser sinónimo de violencia, pobreza, drogas, pandillas y desesperanza. En 2010, un funcionario de la oficina del gobernador de California había declarado que Oakland tenía un “grave” problema de pandillas².

Pero lejos de ser “superdepredadores” criminales, la mayoría de los jóvenes de Oakland llevan una vida productiva, normal y cotidiana, sobreviviendo y perseverando en una ciudad que registra el cuarto mayor índice de delitos violentos del país. Algunos se reúnen en las esquinas en busca de emoción. Simplemente pasan el rato en el Bulevar

¹ Más adelante en el libro sostengo que el control social punitivo en Oakland ha llevado a muchos jóvenes a ser políticamente activos, a utilizar la delincuencia como forma de protesta o a protestar formalmente contra la criminalización debilitante.

² H. Harris (2010).

Internacional para divertirse, ir de compras, ir al juzgado, trabajar o socializar. Pero algunos de ellos se dedican a la economía informal y están en la calle para prostituirse, vender drogas o piratear mercancía robada³. Recorriendo esta calle, en la intersección de la 14^a Avenida y el Bulevar Internacional, empezamos a encontrar señas de identidad representativas de gran parte de la llanura: licorerías, pequeños comercios, madres paseando con niños pequeños, restaurantes étnicos y edificios en ruinas tapiados con madera contrachapada. En 2000, el Censo de Estados Unidos realizó un “estudio de casos” en esta parte de Oakland y descubrió que el 33% de la población residente “cerca de East 14th Street” (antiguo nombre de International Boulevard) vivía por debajo de la línea de pobreza⁴.

Desde la avenida 14 hasta la 19, aproximadamente, encontramos un gran número de comercios y residentes del sudeste asiático. Algunos de los residentes de este barrio son camboyanos que llegaron a Estados Unidos como refugiados del Jemer Pícaro y desde entonces han desarrollado un fuerte enclave étnico en medio de una gran presencia negra y latina. En esta pequeña comunidad, los jóvenes asiáticos han formado pandillas para protegerse de las grandes bandas de negros y latinos y crear alternativas callejeras a la lucha de sus padres por llegar a fin de mes⁵. Uno de los jóvenes de la muestra más amplia de este estudio, Sunny, creció en este barrio. Su historia muestra cómo los chicos del sudeste asiático también han sido criminalizados cuando no se ajustan a las expectativas construidas por los estereotipos de minoría modelo.

Aproximadamente desde la avenida 20 hasta la 54, el bulevar cuenta con negocios y residentes mexicanos en su mayoría. Esta parte de la llanura es la zona más densamente poblada de Oakland, y el nivel de tráfico pesado que sube y baja por el bulevar así lo refleja. Los autobuses pasan, constantemente cargados con un abanico multicultural de pasajeros que van y vienen de la escuela y el trabajo. Los paleteros, vendedores que empujan sobre ruedas pequeños recipientes de helado del tamaño de un carrito de la compra, hacen sonar sus campanas para atraer la atención y, con suerte, a un cliente. Los “scrapers”, automóviles Oldsmobile y Buick de finales de los ochenta y principios de los noventa con ruedas de veintidós pulgadas y pinturas llamativas, forman parte del denso tráfico. Camiones y grandes todoterrenos, con llantas cromadas de veinticuatro o veintiséis pulgadas, también recorren el bulevar. La mayoría de los vehículos que vemos están viejos y abollados y parecen a punto de averiarse, lo que quizá explique por qué

³ Oakland sufre una crisis en lo que respecta a la prostitución de adolescentes. Decenas de adolescentes ejercen la prostitución en varios cruces de Oakland un día cualquiera.

⁴ Véase, U.S. Census Bureau (2000).

⁵ Aihwa Ong (2003) ha escrito un excelente libro que se centra en esta población en la zona de la bahía de San Francisco. Trata de los apuros de los jóvenes del sudeste asiático atrapados en medio de la pobreza, las drogas y el encarcelamiento.

hay una gran concentración de mecánicos, talleres de chapa y pintura y tiendas de audio para automóviles en esta parte de la llanura.

Los jóvenes latinos y negros se sientan en las paradas de autobús, se paran en las esquinas, caminan de un lado a otro y comen en los numerosos camiones de tacos, restaurantes mexicanos ambulantes, que se alinean en la calle. En esta parte de Oakland, la ciudad ha colocado cámaras de vigilancia en las esquinas. Los agentes de policía circulan en ruidosas motocicletas Harley Davidson y en automóviles patrulla. Los agentes en moto suelen esconderse detrás de edificios, buscando a conductores que parezcan “sospechosos”. Las víctimas de estas identificaciones suelen ser jóvenes no blancos, que “coinciden con descripciones de sospechosos de delitos”, o inmigrantes indocumentados, y sus vehículos son confiscados hasta que pueden presentarse en la comisaría con un permiso de conducir (que no pueden obtener sin documentos que demuestren su ciudadanía o residencia legal). Los patrulleros paran y registran a los jóvenes en busca de drogas, armas o indicios de “actividad de pandilla”.

Una masa crítica de residentes negros comienza a surgir después de la Avenida 55 y crece cuanto más nos adentramos en East Oakland a través de la Avenida 98. Jóvenes negros deambulan por el bulevar. Algunos van y vienen de Heavenscourt Middle School, la única escuela de enseñanza media situada en International. Otros se dirigen a Food King, un destartalado supermercado sin franquicia que lleva más de veinticinco años funcionando en esta comunidad; es el único supermercado de comida estadounidense en International. Barberías, una tienda de muebles, una funeraria, salones de belleza y restaurantes de barbacoa son algunos de los negocios regentados por negros que podemos encontrar en este tramo. Las iglesias negras, algunas en grandes edificios que ocupan media manzana y otras en pequeños escaparates, están diseminadas por los alrededores. Las tiendas de licores son cada vez más grandes y numerosas en esta zona. Frente al bulevar hay coloridos complejos de viviendas públicas recientemente remodelados. Un gran grupo de jóvenes negros vive en estos complejos. Más tarde volveremos para seguir a Tyrell, que vivía en esta zona.

El aumento de la población latina en los últimos veinticinco años queda patente en la existencia de un puñado de tiendas y restaurantes de comida mexicana en la zona. Los patrulleros de la policía circulan esporádicamente; aquí también se suele parar y registrar a los jóvenes. En 2009, fui testigo de cómo un agente de la Patrulla de Seguridad Vial sacaba a rastras a una adolescente negra de un Chevrolet Caprice de los años setenta frente a la Heavenscourt Middle School, a más de un kilómetro y medio de la autopista más cercana. Aunque estaba esposada y pasiva, el agente tiró de ella con fuerza suficiente para hacerla gritar de dolor. Cuando cayó al suelo, el agente siguió arrastrándola mientras sus brazos y su cara se raspaban contra el asfalto.

En este capítulo, sostengo que la criminalización está arraigada en el orden social de Oakland, que es un tejido de la vida cotidiana. Para entender por qué se vigila, castiga y acosa a los jóvenes en esta ciudad, tenemos que comprender el legado histórico de Oakland de criminalizar a los jóvenes. Oakland ha sido pionera en la criminalización de la juventud racializada. En un momento dado, durante la década de 1960, muchas de las políticas punitivas de justicia penal que más tarde se aplicarían en todo el país se crearon y pusieron en práctica en Oakland. Siguiendo el advenimiento nacional de las medidas policiales de tolerancia cero, las sentencias obligatorias, los agravantes para las pandillas (una sentencia añadida a los casos de delitos graves cuando el tribunal declara al acusado culpable de cometer un delito en beneficio de la pandilla) y el encarcelamiento masivo, la ciudad desarrolló un poderoso complejo de control juvenil, que sigue controlando las vidas de los jóvenes de este estudio. El capítulo concluye con un análisis del complejo de control juvenil y sus efectos en los jóvenes.

¿Por qué en Oakland?

Las grandes comunidades negras y latinas de Oakland, su omnipresente sistema de vigilancia policial, sus dinámicas subculturas juveniles y su numerosa población obrera y pobre la convierten en un lugar atractivo para el estudio de la juventud de los barrios marginales y el control social punitivo⁶. Estos factores se combinan para crear un paisaje social que personifica las circunstancias sociológicas de otras ciudades con grandes poblaciones negras y latinas en Estados Unidos. En su libro *No There There: Race, Class and Political Community in Oakland*, el historiador Chris Rhomberg sostiene que Oakland es una ciudad ideal para el estudio de los problemas urbanos: “[Oakland] es lo suficientemente grande como para presentar los problemas de concentración, industrialización y cambio de población típicos de los centros urbanos estadounidenses, pero lo suficientemente pequeña como para permitir la observación de sus relaciones sociales y políticas en su conjunto”⁷.

Oakland está situada en la sexta área metropolitana más poblada de Estados Unidos, el Área de la Bahía de San Francisco. En Oakland viven 460.000 personas y en el área metropolitana de la Bahía, 7,4 millones⁸. Oakland es una ciudad joven, con un 25% de su población menor de dieciocho años y un 10% de sus residentes de dieciocho a veinticuatro años. En 2006, los blancos constituían el 36% de la población de Oakland; los

⁶ Defino el control social como los mecanismos existentes que socializan a los individuos para que sigan normas y leyes.

⁷ Rhomberg (2007: 18-19).

⁸ U.S. Census Bureau (2009).

negros, el 30%; y los latinos, el 26%⁹. A pesar de estos números bastante iguales en población, los jóvenes de color están fuertemente segregados de los jóvenes blancos; más del 70% de los niños negros y más del 50% de los niños latinos viven en barrios segregados de los blancos¹⁰. En las llanuras, los jóvenes blancos son una población escasa. La mayoría de los blancos de Oakland son de clase media y viven en las colinas o laderas¹¹. Los índices de pobreza de la ciudad reflejan parte de esta segregación: Los niños negros de Oakland viven en la pobreza en un 30%; los latinos, en un 16%; y los blancos, en un 5,2%¹². Históricamente, Oakland ha sido conocida como la “Detroit del Oeste”, debido a su economía industrial de mediados del siglo XX¹³. Más recientemente, desde la década de 1980, al igual que en Detroit, los residentes de Oakland han experimentado pérdidas masivas de empleo debido a la desindustrialización. En 2010, la tasa de desempleo de Oakland era del 17,7%¹⁴.

Se puede establecer una conexión entre la expansión del control social punitivo y la globalización capitalista. A medida que la industria se fue marchando, Oakland experimentó una pérdida masiva de puestos de trabajo. Este proceso se convirtió en uno de los factores económicos que contribuyeron al carácter cambiante del control social en las comunidades de las que procedían los jóvenes de este estudio. El sociólogo William Robinson sostiene que la globalización capitalista ha dado lugar a una vasta reestructuración de la economía mundial, integrando todas las economías nacionales en una economía global transnacional¹⁵. Esencialmente, la proliferación del neoliberalismo en las últimas tres décadas ha erigido una economía global transnacional que libera al capital para aprovecharse de las poblaciones y los recursos vulnerables y facilita la transición de sociedades de bienestar social a sociedades de control social y seguridad. Para entender los “problemas con los jóvenes” que se producen en el nuevo milenio, debemos comprender cómo los problemas locales se derivan a menudo de procesos globales. Al examinar sus efectos sobre los hombres jóvenes, pobres y racializados de Oakland, se observa que el neoliberalismo ha contribuido a generar poblaciones marginadas abandonadas por el brazo izquierdo del Estado (la asistencia social) y atenazadas por el brazo derecho punitivo del Estado (la justicia penal). Los jóvenes de la clase trabajadora de hoy en día se encuentran con un mundo radicalmente distinto del que habrían conocido hace sólo unas décadas. Estos jóvenes ya no “aprenden a

⁹ U.S. Census Bureau, U.S. Census 2006.

¹⁰ U.S. Census Bureau, U.S. Census 2000.

¹¹ U.S. Census Bureau, U.S. Census 2000.

¹² U.S. Census Bureau, U.S. Census 2000.

¹³ Bagwell (1982).

¹⁴ Agencia de Desarrollo Económico y Comunitario de Oakland (2010).

¹⁵ Robinson (2004: 73).

trabajar”¹⁶ sino que “se preparan para la cárcel”¹⁷. Aunque está fuera del alcance de este libro discutir los procesos globales, las historias de este estudio pueden proporcionar una idea de cómo el fenómeno global de castigar a los pobres y la profunda inversión en las industrias de seguridad han llegado a afectar a la vida cotidiana de los jóvenes marginados, no sólo en Oakland, sino en todo el mundo¹⁸.

Desde la década de 1940, los negros han tenido una fuerte presencia en Oakland. Los negros emigraron del sur a Oakland durante la Segunda Guerra Mundial, atraídos por los empleos de la industria bélica en los muelles de la ciudad. En la década de 1960, los negros de Oakland se implicaron intensamente en los movimientos por los derechos civiles y el Black Power¹⁹. En la década de 1980, las comunidades negras de Oakland empezaron a experimentar una intersección cada vez más intensa de fuerte desempleo, la “epidemia del crack”, las políticas punitivas contra la delincuencia y la afluencia de un gran número de inmigrantes latinos. Históricamente, los jóvenes negros de Oakland se han enfrentado a la falta de oportunidades económicas y a una excesiva criminalización. La historiadora Donna Murch, que ha escrito un libro sobre los Panteras Negras, demuestra cómo este grupo de jóvenes fue criminalizado y atacado sistemáticamente por el Estado, mediante tácticas de control del crimen. Explica el impacto de la combinación de la pérdida de empleo y el aumento de la vigilancia policial de menores: “A diferencia de sus padres, que llegaron a la bahía de San Francisco en una época de bonanza económica, los jóvenes de la posguerra se enfrentaron a una base industrial en rápida desaparición y a una mayor segregación escolar, vecinal y laboral. (...) En respuesta al rápido crecimiento, y desproporcionadamente joven, de la población inmigrante, el gobierno municipal y estatal desarrolló un programa para combatir la ‘delincuencia juvenil’ que se tradujo en altos índices de acoso policial, detención y encarcelamiento”²⁰.

Gran parte de la población latina de Oakland llegó en las décadas de 1980 y 1990 como inmigrantes, principalmente de México. Atraídos por las viviendas de renta baja en barrios tradicionalmente negros, muchos latinos/as se trasladaron allí. En la actualidad, muchos barrios tradicionalmente negros tienen poblaciones latinas que constituyen hasta el 40% de sus residentes. Estas zonas, antaño negras, se han convertido ahora en “Blaxican”, barrios donde la cultura latina (concretamente la mexicana) y la negra se encuentran y entremezclan continuamente. La proximidad de los jóvenes negros y latinos ha creado subculturas comunes, relaciones interraciales y experiencias institucionales

¹⁶ Willis (1977).

¹⁷ Hirschfield (2008a).

¹⁸ Véase Rios y Rodríguez (2010).

¹⁹ Self (2003).

²⁰ Murch (2007: 334).

comunes, incluidas interacciones punitivas similares con las escuelas, la policía y los miembros de la comunidad. La mayoría de los chicos de este estudio analizaron sus experiencias como un proceso de criminalización y racialización colectiva. Los jóvenes creían que la policía, las escuelas y los miembros de la comunidad trataban a los jóvenes negros y latinos de la misma manera. La historia de Oakland puede dar una respuesta al porqué de esta creencia. La criminalización y el castigo se practicaron y perfeccionaron sobre las poblaciones negras. Cuando una masa crítica de latinos pobres llegó a Oakland, la comunidad y sus instituciones tenían un sistema claro para incorporar a esta nueva población: la criminalización y el control social punitivo.

Historia del control social racializado en Oakland

Oakland tiene un largo historial de control de poblaciones racializadas mediante la fuerza punitiva. El criminólogo Geoff Ward define el control social racializado como la regulación y represión de una población en función de su raza²¹. Ward sostiene que el control social se convierte en un orden racial negociado. En otras palabras, la principal forma de regular a las poblaciones racializadas es a través del control social punitivo, que a su vez establece el control social como un sistema creador de razas²². Murch relaciona la raza y la clase social con el control social punitivo en Oakland: “En Oakland (...) las preocupaciones raciales sobre la rápida evolución demográfica de la ciudad condujeron a una creciente integración de los programas escolares y recreativos con las autoridades policiales y penales. En este contexto, el discurso de la ‘delincuencia juvenil’ adquirió una clara connotación racial, lo que condujo a un policiamiento y criminalización a gran escala de los jóvenes negros. Aunque el acoso policial y las detenciones de inmigrantes negros comenzaron durante la afluencia de población de la Segunda Guerra Mundial, se intensificaron enormemente en el periodo de declive económico que siguió”²³.

Muchos estudiosos destacados han sostenido que el actual sistema de justicia penal de Estados Unidos se ha convertido en un mecanismo central de control y gestión de las poblaciones “excedentes” desempleadas y racializadas²⁴. Los estudiosos sostienen que el movimiento por los derechos civiles, las crisis económicas y otros cambios estructurales de la sociedad contemporánea han facilitado la expansión del sistema de justicia penal y de las políticas punitivas de control de la delincuencia²⁵. El movimiento por los derechos

²¹ Ward (2009).

²² Ward (2009), ver también Wacquant (2009) para un análisis de la prisión como sistema de creación de racismo.

²³ Murch (2007: 337).

²⁴ Davis (1999), Garland (2001a), Gilmore (2007), Parenti (2000), Wacquant (2002a) y J. Young (1999).

²⁵ Davis (1999), Gilmore (2007), Mauer (1999), y Parenti (2000).

civiles de la década de 1960 provocó un temor masivo en la corriente dominante estadounidense hacia los guetos urbanos. Esporádicos “disturbios raciales” provocaron el miedo y la huida de los blancos. El llamamiento a la “ley y el orden” fue una respuesta al aumento de los índices de delincuencia en la década de 1960 y una señal de oposición a los movimientos en favor de los derechos civiles y contra la guerra²⁶. La campaña a favor de la ley y el orden de finales de la década de 1960 sentó las bases del movimiento de “mano dura contra la delincuencia” de los años setenta y ochenta, que se convirtió en la filosofía del sistema de justicia penal estadounidense durante décadas²⁷. La “Guerra contra las Drogas” de Ronald Reagan consolidó este movimiento en una máquina de encarcelamiento masivo²⁸.

También estaba implícito en el movimiento por la ley y el orden el sutil mensaje a los ciudadanos sobre el supuesto aumento del comportamiento delictivo de los negros. En 1969, una encuesta de Harris informaba de que el 81% de la población creía que la ley y el orden se habían roto, y la mayoría culpaba a “los negros, que provocan disturbios, y a los comunistas”²⁹. El *New York Times*, analizando la panacea de la ley y el orden de Richard Nixon, anunciaba: “[Nixon] sin duda hará hincapié en el orden en las ciudades, pues ése es su mejor tema. (...) Cree que puede domar el gueto y luego reconstruirlo”³⁰. Como Oakland era uno de los centros neurálgicos del movimiento Black Power, se convirtió en objetivo de políticos como Nixon y agencias gubernamentales como la CIA. La CIA y la policía de Oakland tacharon a los Panteras Negras—una organización de jóvenes negros creada en Oakland, California, que trabajaba por la justicia en la comunidad negra—de “empresa criminal”, por lo que sus miembros fueron acosados, maltratados y encarcelados³¹. Finalmente, la CIA desarrolló un sofisticado programa conocido como COINTELPRO, diseñado para espiar, tender trampas, sabotear y encarcelar a los miembros del Partido de las Panteras Negras.

En Oakland, fue Edwin Meese el responsable de “domar el gueto”, y en concreto a los Panteras Negras. Meese aplicó algunas de las políticas policiales más duras de la ciudad como fiscal del distrito de Oakland durante la década de 1960. Sus políticas enviaron a prisión a muchos miembros de las Panteras Negras. Meese también fue responsable de la infame represión de People’s Park en Berkeley, California, en 1969. People’s Park era un parque cercano al campus de la Universidad de California que había sido tomado por

²⁶ Parenti (2000).

²⁷ Lynch (1998), Martinson (1974), y Mauer (1999).

²⁸ Alexander (2009), Gilmore (2007), Mauer (1999), y Parenti (2000).

²⁹ Beckett (1997).

³⁰ Semple (1968).

³¹ Parenti (2000).

estudiantes y activistas comunitarios. El gobernador Ronald Reagan denunció esta toma de posesión y reprendió a los estudiantes de la UC-Berkeley, afirmando que era “un refugio para simpatizantes comunistas, manifestantes y desviados sexuales”³². Por consejo de Meese, Reagan declaró el estado de emergencia y envió a la Guardia Nacional. Un estudiante murió por heridas de escopeta infligidas por la policía. Muchos otros resultaron gravemente heridos³³. Meese ejerció posteriormente como fiscal general de Reagan durante la década de 1980, aplicando en otras comunidades negras de todo el país las mismas tácticas de criminalización y represión que desarrolló en Oakland. Las prácticas y los discursos de criminalización y castigo de los jóvenes en el nuevo milenio podrían remontarse directamente a la represión estatal de los movimientos sociales de la década de 1960.

Dada la pasión con la que se perseguía a los Panteras, es fácil olvidar que eran principalmente una organización juvenil. La mayoría de los miembros eran aún adolescentes, un hecho olvidado que pone de relieve el largo historial de Oakland de perseguir a los jóvenes de color. Los Panteras Negras surgieron porque los jóvenes negros de Oakland se sintieron frustrados por la criminalización que sufrían a finales de la década de 1960³⁴. Irónicamente, la fundación del Partido de las Panteras Negras desencadenó una de las más intensas criminalizaciones de la juventud negra. El FBI, por ejemplo, declaró a las Panteras Negras “la mayor amenaza para la seguridad interna del país” y utilizó COINTELPRO para tender una trampa a los miembros del Partido de las Panteras Negras con el fin de enfrentarlos a conflictos y encarcelarlos³⁵. Estos programas redujeron efectivamente la influencia de los Panteras Negras en la década de 1970. Sin recursos para movilizarse en medio de la securitización punitiva, la desindustrialización y el declive de los programas de bienestar social, las pandillas y el tráfico de drogas se convirtieron en una nueva modalidad para algunos jóvenes marginados de Oakland³⁶.

En la década de 1970, conservadores como Meese se aferraron a algunos estudios que sostenían que la rehabilitación no funcionaba y abogaron por la incapacitación mediante una política de tolerancia cero y penas de prisión más largas³⁷. Los partidarios de la

³² Rosenfeld (2002).

³³ Véase Coleman (1986).

³⁴ Murch (2007).

³⁵ Churchill y Vander Wall (2002) y Parenti (2000).

³⁶ Es importante señalar que actualmente existe un activo movimiento juvenil en Oakland (Martínez, 1998; Ríos, 2006). En octubre de 2008, estudiantes de secundaria cerraron el sistema ferroviario de cercanías de la ciudad en hora pico para protestar contra las redadas del Servicio de Inmigración y Control de Aduanas (ICE) y la legislación antiinmigración (Jones *et al.* 2008).

³⁷ Véase Harcourt (2001). Uno de los artículos más influyentes de la época fue el de Martinson: “What Works? Questions and Answers about Prison Reform” (1974). Cabe señalar que Martinson llegó a la conclusión de que los programas de rehabilitación no funcionaban, pero se retractó de sus conclusiones

incapacitación argumentaban que mientras un delincuente estuviera encerrado, no podría delinquir en la calle³⁸. La administración Reagan consolidó la campaña de “mano dura contra la delincuencia” haciendo hincapié en los “justos merecimientos” y erradicando lo que quedaba de los programas de rehabilitación. Se eliminó la financiación de programas sociales centrados en la rehabilitación de delincuentes convictos o en la prevención de la aparición de nuevos delincuentes³⁹.

En 1987, la legislatura de California declaró un “estado de crisis provocado por las violentas pandillas callejeras cuyos miembros amenazan, aterrorizan y cometen multitud de delitos contra los pacíficos ciudadanos de sus barrios”⁴⁰. La legislatura afirmó que había casi seiscientas pandillas callejeras criminales operando en California; sólo en Los Ángeles se produjeron 328 asesinatos relacionados con pandillas en 1986⁴¹. En 1988, California había aprobado la Ley de Represión y Prevención del Terrorismo Callejero, que exigía penas más largas para los delincuentes reconocidos como miembros de pandillas. Los jóvenes negros y latinos constituían la gran mayoría de las personas etiquetadas como miembros de pandillas en California⁴².

Siguiendo la tendencia de mano dura contra la delincuencia juvenil, los votantes de California aprobaron la Proposición 21 en 2000. Entre otras estrictas reformas, esta medida convertía en delito grave causar daños por grafiti por valor de más de cuatrocientos dólares (antes de 2000, un delito grave por daños a la propiedad requería cincuenta mil dólares o más de daños). La Proposición 21 también se dirigía específicamente a los miembros de pandillas juveniles, permitiendo que los jóvenes fueran procesados por delitos cometidos por sus compañeros si se consideraba que el acusado formaba parte de la pandilla. Muchos de los chicos de este estudio habían sido condenados a penas más severas en virtud de la Proposición 21. Estos chicos, junto con muchos otros de la comunidad, habían llegado a utilizar la Proposición 21 como verbo. Decían: “Me dieron la Proposición 21” o “A mi hermano le dieron la Proposición 21”, refiriéndose a la sentencia añadida a su transgresión. Para agravar el problema, el etiquetado poco riguroso de pandillas por parte de las fuerzas de seguridad—que incluirán a jóvenes en la base de datos a la menor provocación, como vestir de un

generales en un artículo posterior que recibió mucha menos atención (Mauer 1999). La teoría de las “ventanas rotas” contribuyó más tarde al argumento de que la policía de tolerancia cero debe existir para mantener el orden (Lynch 1998).

³⁸ Mauer (1999) y Parenti (2000).

³⁹ Entre 1980 y 1993, el gasto federal en programas de empleo y formación se redujo casi a la mitad, mientras que el gasto en correccionales aumentó un 521% (Mauer 1999).

⁴⁰ Código Penal de California, artículo 186.21.

⁴¹ Código Penal de California, artículo 186.21.

⁴² Véase Rios y Navarro (2010).

determinado color, vestir de una determinada manera o relacionarse con miembros conocidos de una pandilla—se ha convertido en un grave peligro para la juventud racializada⁴³. Estar incluido en esta base de datos aumenta las posibilidades de que un joven sea juzgado como miembro de una pandilla y se le imponga una pena mayor por cometer cualquier delito a partir de entonces. Este etiquetado conlleva un castigo más severo, una mayor probabilidad de ser juzgado como adulto, una mayor vigilancia y antecedentes penales permanentes. De 2002 a 2005, Oakland siguió centrándose en el control social punitivo para intentar reducir la tasa de delincuencia. La ciudad dio prioridad a la financiación de las fuerzas del orden, lo que se tradujo en un descenso del gasto en programas educativos y sociales. En 2002, Oakland gastó 128.331 dólares por empleado de las fuerzas del orden; en 2005, esta tasa había aumentado a 190.140 dólares⁴⁴. Este planteamiento se puso aún más de manifiesto en las exigencias planteadas por el Ayuntamiento de Oakland al nuevo jefe de policía de la ciudad: “Dijiste que no podías arrestarlos para salir de este problema. Pues más vale que lo intenten. Todos tenemos un trabajo que hacer, y tu trabajo es arrestar a la gente”⁴⁵. Cuando este libro entró en imprenta en 2010, el fiscal del distrito de Oakland impuso su primera orden de restricción contra pandillas en un barrio del norte de Oakland. Una orden restrictiva contra pandillas permite a fiscales y policías imponer sanciones a personas etiquetadas como miembros de pandillas por actos no delictivos, como relacionarse con otros miembros de pandillas etiquetados o visitar un barrio.

Encarcelamiento masivo

Desde la década de 1970, la población encarcelada en Estados Unidos se ha cuadruplicado hasta superar los 2,3 millones. En 2007, uno de cada cien estadounidenses estaba entre rejas⁴⁶. En esta población encarcelada prevalecen enormes disparidades de raza y edad. Uno de cada nueve varones negros de entre 20 y 34 años está encarcelado. Uno de cada veinticinco varones latinos y uno de cada cincuenta y seis varones blancos de entre 20 y 34 años también están encarcelados en Estados Unidos. Aproximadamente el 27% de la población encarcelada es latina, mientras que representa el 15% de la población total de Estados Unidos. En el caso de los negros, las estadísticas demuestran disparidades aún más profundas: aproximadamente el 50% de la población encarcelada es negra, mientras que representa el 14% de la población total de Estados Unidos. En

⁴³ Ríos y Navarro (2010) han demostrado cómo los expertos en pandillas definen erróneamente a los jóvenes como miembros de pandillas en los tribunales.

⁴⁴ U.S. Department of Justice (2006).

⁴⁵ La concejala Pat Kernighan fue citada por el *San Francisco Chronicle* diciendo esto al jefe de policía Wayne Tucker (C. Jones, 2008).

⁴⁶ Warren (2008).

2007, alrededor del 16,6% de todos los varones negros estaban o habían estado encarcelados anteriormente; el 7,7% de todos los varones latinos y el 2,6% de los varones blancos tenían la misma situación. La probabilidad de que un hombre negro vaya a la cárcel en algún momento de su vida es de una de cada tres, frente a una de cada seis para los hombres latinos y una de cada diecisiete para los blancos⁴⁷. El 30% de los menores detenidos por delitos son jóvenes de color, pero representan el 58% de los condenados como adultos⁴⁸.

Abundan las explicaciones de por qué se desarrollaron este tipo de disparidades de control social punitivas y racializadas. El sociólogo Loïc Wacquant sostiene que las prácticas del Estado punitivo, que han conducido al encarcelamiento masivo, se han convertido en la cuarta etapa de la dominación racial para los afroamericanos. Tras la esclavitud, el Sur de Jim Crow y el gueto, la prisión, según Wacquant, se ha convertido en un pilar central de la desigualdad racial y en un espacio en el que alojar a poblaciones pobres, de mala reputación y racializadas⁴⁹. Otros estudiosos sostienen que la política conservadora y el miedo a la delincuencia condujeron a una “cultura de control” por la que el encarcelamiento masivo se convirtió en una posibilidad⁵⁰. Otros sostienen que la reestructuración económica y el fracaso de los mercados en los contextos local y mundial condujeron a políticas punitivas y a un auge de la construcción de prisiones⁵¹.

Tendiendo un puente entre lo material y lo cultural, Christian Parenti explica que tanto la crisis económica como la social son responsables del desarrollo del encarcelamiento masivo⁵². Wacquant también tiende puentes entre paradigmas al argumentar que el encarcelamiento masivo es un sistema mediante el cual el Estado hace frente a los desórdenes urbanos provocados por la desregulación económica, imponiendo tipos específicos de trabajos inseguros y mal pagados a las poblaciones racializadas y pobres⁵³.

⁴⁷ Sabol y Couture (2008).

⁴⁸ NCCD (2009). La académica y activista Angela Davis ha denominado “complejo industrial penitenciario” a la estructura responsable de este encarcelamiento masivo, concretamente de personas de color: “Todo este trabajo, que solía ser competencia principal del gobierno, ahora también lo realizan empresas privadas, cuyos vínculos con el gobierno en el ámbito de lo que eufemísticamente se denomina ‘correcciones’ resuenan peligrosamente con el complejo industrial militar (...) Teniendo en cuenta las similitudes estructurales y la rentabilidad de los vínculos entre las empresas y el gobierno en los ámbitos de la producción militar y el castigo público, el sistema penal en expansión puede caracterizarse ahora como un ‘complejo industrial penitenciario’” (Davis y Gordon 1998: 146).

⁴⁹ Wacquant (2002a).

⁵⁰ Garland (2001a).

⁵¹ Davis (1999), Gilmore (2007), Western (2006), y J. Young (1999).

⁵² Parenti (2000).

⁵³ Wacquant (2009) y Rusche y Kirscheimer (1939) sostienen que el encarcelamiento es un sistema mediante el cual se impone el trabajo precario a las poblaciones pobres.

Además, sostiene que los políticos representan un “teatro moral” que demoniza a los pobres para disimular la incapacidad del Estado de proporcionar protección económica y social a los ciudadanos de a pie⁵⁴. En última instancia, argumenta Wacquant, el encarcelamiento se ha convertido en una institución política fundamental mediante la cual se ha penalizado la pobreza y se ha desarrollado un Estado punitivo⁵⁵.

Sostengo que el control social punitivo está arraigado en la vida cotidiana de los jóvenes marginados y que el Estado no ha abandonado a los pobres, sino que se ha impuesto punitivamente en diversas instituciones de la comunidad. Irónicamente, este sistema de control social punitivo, desarrollado históricamente para controlar la disidencia, acaba desarrollando las condiciones por las que algunos de estos jóvenes adquieren conciencia política y se politizan.

Consecuencias colaterales

Aunque hay muchas explicaciones sofisticadas de por qué se han desarrollado en Estados Unidos políticas punitivas y tasas de encarcelamiento sin precedentes en los últimos cuarenta años, pocos estudiosos han examinado los efectos cotidianos de este fenómeno en las poblaciones marginadas⁵⁶. La reclusión masiva era una realidad cotidiana para los chicos que estudié en Oakland⁵⁷. Catorce de los chicos de este estudio tuvieron a sus padres en la cárcel o en prisión durante los tres años en que realicé la investigación⁵⁸. Muchos de los hombres mayores del barrio—que a menudo ejercían una influencia considerable sobre los jóvenes—eran liberados. A menudo, regresaban de la cárcel al barrio, intentaban cambiar, encontraban pocas alternativas y acababan aprovechándose de los jóvenes para ganar dinero. Esto llevaría inevitablemente a muchos de ellos a volver a la cárcel o a prisión o a influir en los jóvenes para que cometieran delitos que los llevarían al encarcelamiento⁵⁹.

⁵⁴ Este componente del argumento de Wacquant recuerda a la concepción funcionalista del delito de Durkheim: “Pero para que la originalidad del idealista que sueña con trascender su época pueda desplegarse, la del delincuente, que no está a la altura de la época, también debe ser posible. Uno no va sin el otro” (Durkheim 1982: 85). El delito es un aparato comunicativo mediante el cual se proscriben la moral y los valores.

⁵⁵ Wacquant (2009).

⁵⁶ Para excepciones, véanse Pager (2007) y Western (2007).

⁵⁷ David Garland (2001b) acuñó el término “encarcelamiento masivo” para referirse a la tasa de encarcelamiento históricamente exponencial y peculiar de Estados Unidos. Yo me refiero a ella como “reclusión masiva” para dar cuenta también de las poblaciones juveniles y de las cárceles estatales (véase Wacquant 2002a; Western y Wildeman 2009).

⁵⁸ Lo mismo ocurrió con treinta y dos de los setenta y ocho jóvenes de la muestra de entrevistas adicionales.

⁵⁹ Martín Sánchez-Jankowski (2008) ha descubierto que los barrios de pandillas se ven afectados negativamente por la reclusión: a medida que se encarcela a los miembros de pandillas de más edad que

Cuando se pidió a los cuarenta chicos del grupo principal que escribieran los nombres de amigos íntimos y familiares que estuvieran encarcelados en ese momento, todos ellos conocían al menos a seis personas. Uno de ellos, Spider, conocía a treinta y dos. Anotó su nombre y edad y puntuó, del 1 al 5, lo cerca que se sentía de ellos. Cuando se pidió a los chicos que respondieran a la pregunta “Del 1 al 5, siendo 5 la puntuación más alta y 1 la más baja, ¿qué probabilidad crees que tienes de ser encarcelado en los próximos meses?”, todos respondieron al menos con un 4, lo que significa que todos pensaban que sus probabilidades de ser encarcelados eran altas o extremadamente altas. Muchos de los chicos tenían la misma creencia que los criminólogos Mark Mauer y Meda Chesney-Lind: “No es difícil imaginar que los barrios acosados por males sociales no están bien atendidos cuando los chicos y chicas perciben que ir a la cárcel puede ser una perspectiva más probable que ir a la universidad”⁶⁰. Los jóvenes de este estudio hablaron de la cárcel como un lugar familiar. Dado que muchos de los adultos a los que admiraban eran exreclusos, en contraposición a graduados universitarios, y que la policía y el personal de la escuela a menudo les trataban como presos, los jóvenes se familiarizaron con la cultura y las normas de la vida en prisión e incluso le atribuyeron un sentido de glamour y admiración, antes de cumplir un solo día en una cárcel o prisión de adultos⁶¹.

Los efectos de las políticas punitivas de control social y encarcelamiento masivo están tan extendidos que los académicos han acuñado el término “consecuencias colaterales” para describirlos⁶². Las consecuencias colaterales del encarcelamiento masivo son las situaciones negativas en las que se encuentran las familias, las comunidades y las personas como consecuencia de su encarcelamiento o del encarcelamiento de sus familiares o vecinos. Mauer y Chesney-Lind sostienen que “con la expansión sin precedentes del sistema penitenciario a lo largo de tres décadas ha surgido una compleja red de castigos invisibles que afectan a familias y comunidades de todo el país”⁶³. Los estudios han revelado que los hijos de los encarcelados sufren psicológicamente, sus

en el pasado han mantenido un orden social menos violento, surgen miembros de pandillas más jóvenes que buscan demostrar su valía, lo que a menudo conduce a un aumento de la delincuencia y la violencia por parte de la pandilla. Esto es lo que he comprobado también en este estudio.

⁶⁰ Mauer y Chesney-Lind (2002: 4).

⁶¹ Esto demuestra la noción de Wacquant (2002b) del “hipergueto”, en el que la cultura de la prisión y la del gueto son indistinguibles. Sin embargo, para los jóvenes de este estudio, eran la cultura de la prisión y las culturas de las instituciones escolares y policiales las que se percibían como indistinguibles. Aunque ninguno de ellos había estado en prisión en el momento en que los conocí, tenían un conocimiento figurado de la prisión y de la cultura carcelaria.

⁶² Mauer y Chesney-Lind (2002) han argumentado que el encarcelamiento desproporcionado de personas de color ha tenido consecuencias imprevistas en las comunidades pobres. Sostienen que dicho castigo no sólo afecta negativamente a los individuos confinados, sino que también crea efectos negativos para las familias y las comunidades, así como para los futuros medios de subsistencia de quienes entran en contacto con el sistema de justicia penal.

⁶³ Mauer y Chesney-Lind (2002: 12).

familias sufren económicamente, sus comunidades pierden adultos que de otro modo contribuirían a los ingresos y a las familias, y los ex reclusos pierden el derecho al voto⁶⁴. Las secuelas del encarcelamiento incluyen un estigma permanente, la pérdida de oportunidades para recibir ayudas federales y estatales (por ejemplo, vivienda pública y préstamos estudiantiles) o certificación acreditada en varios oficios (por ejemplo, automoción, construcción y plomería), y la pérdida de uno de los derechos fundamentales de la ciudadanía, el derecho al voto. Estas consecuencias conducen a la exclusión de los reclusos excarcelados de las redes sociales positivas y al desempleo crónico⁶⁵. Otras consecuencias colaterales más residuales se descubren cuando estudiamos estas poblaciones marginadas a un nivel relacional social más profundo.

Muy pocas etnografías urbanas han examinado el castigo como un sistema que se apodera de las vidas de los jóvenes de los barrios marginales, orientadas a lo callejero⁶⁶. La socióloga Alice Goffman señala que, “aunque podría decirse que los relatos etnográficos deberían captar lo que la mejora del policiamiento y la supervisión ha supuesto para la dinámica de la vida cotidiana en las comunidades minoritarias pobres, la mayoría de las etnografías se escribieron antes de que el sistema de justicia penal se convirtiera en una institución tan frecuente en la vida de los pobres”⁶⁷ (CC488). En el pasado, los etnógrafos informaban de que la presencia policial en los barrios pobres era mínima⁶⁸. Una excepción es el estudio “The Police and the Black Male” de 1990 del sociólogo Elijah Anderson, en el que descubrió que los jóvenes negros se enfrentan a una vigilancia constante y a un sobrepoliciamiento: “La policía parece practicar una política

⁶⁴ Mauer y Chesney-Lind (2002) han elaborado un libro excelente que habla de estas “consecuencias colaterales del encarcelamiento masivo”. Véase también Bruce Western (2006) para un estudio excepcional de cómo sufren las familias y las mujeres cuando sus seres queridos vuelven a casa después de haber sido encarcelados y pierden la capacidad de generar vínculos sociales en la comunidad.

⁶⁵ Western (2006).

⁶⁶ Para excepciones, véase Brunson y Miller (2006), Ferguson (2000), A. Goffman (2009), Hagan (1991), Kelley (1997), Kozol (1991), Kupchik (2006), Nightingale (1993), y Simon (2007). Aquí utilizo la noción de Yasser Payne de jóvenes “orientados a la vida callejera” (2006). Utiliza este término para evitar perpetuar los estereotipos de los chicos negros y para desarrollar una comprensión más precisa de la población objeto de estudio. En mi caso, los chicos de este estudio están orientados a la calle en el sentido de que la calle es un espacio en el que los chicos eligen o se ven obligados a habitar, reclamar y hacer suyo.

⁶⁷ A. Goffman (2009: 2).

⁶⁸ Philippe Bourgois informó de que, aunque la brutalidad policial era una realidad, “no era una de nuestras principales preocupaciones diarias (...) Nos preocupaba mucho menos ser maltratados por la policía si hacían una redada en la casa de crack, en comparación con lo que nos arriesgábamos a sufrir a manos de nuestros compañeros” (1995: 37). Martín Sánchez-Jankowski (1991) descubrió que la policía se vincula a las pandillas y se convierte en un apoyo estructural para ellas. MacLeod descubrió que la brutalidad policial es una forma “gráfica y directa” de dominación racial (1995: 244). Duneier (1992) constató que la policía es una fuerza amistosa para los hombres negros en contextos específicos. Más tarde descubrió que la policía de tolerancia cero se apoderaba de las vidas de los hombres negros pobres (1999). Véase A. Goffman (2009) para un análisis de la nueva presencia policial en los barrios marginales.

informal de vigilancia de los jóvenes negros como forma de controlar la delincuencia, y a menudo parece sobrepasar los límites del deber”⁶⁹. En Oakland, el policiamiento, la vigilancia y la criminalización desempeñaron un papel fundamental en la vida de los jóvenes negros y latinos que vivían en la calle. Los jóvenes orientados a la calle estaban tan preocupados e impactados por el castigo como por la violencia, las drogas, la delincuencia y las pandillas. El sistema de justicia penal no sólo se había convertido en una parte predominante de las vidas de estos jóvenes, sino que también había incrustado su lógica y sus prácticas en otras instituciones de la comunidad, que también estigmatizaban y criminalizaban a los jóvenes. Varias instituciones de la comunidad se convirtieron en parte de un sistema omnipresente de castigo que afectaba a los chicos a diario.

Estas consecuencias se comprenden mejor si se tiene en cuenta que el sistema de justicia penal se ha utilizado como modelo para resolver otros problemas sociales, como la pobreza, el ausentismo escolar, el fracaso escolar, los conflictos familiares y la delincuencia juvenil⁷⁰. El jurista Jonathan Simon sostiene que este cambio punitivo ha dado lugar a una sociedad que se gobierna a través del delito⁷¹. Sostiene que la delincuencia ya no está regulada únicamente por el sistema de justicia penal, sino que la actuación policial se ha extendido a otras instituciones como las escuelas, las oficinas de asistencia social, los lugares de trabajo y las esferas domésticas. Por ejemplo, las escuelas tratan a los “estudiantes problemáticos” como delincuentes en potencia, y a veces los remiten a la policía antes incluso de que hayan cometido un delito. Así, los profesores se convierten en guardias de prisiones que vigilan las posibles amenazas y se aseguran de que los alumnos sigan órdenes estrictas. De hecho, según Simon, el rol del gobierno en el nuevo milenio es gobernar a través del delito. Desde esta perspectiva, el gobierno apacigua a los ciudadanos dándoles una sensación de seguridad mediante duras sanciones penales y estrictas normas escolares y laborales. Las empresas privadas refuerzan estos dispositivos desarrollando sistemas de seguridad de última generación para automóviles, viviendas, personas y empresas. Simon sostiene que cuando gobernamos a través del delito, las ideas sobre cómo tratar a los delincuentes se incrustan en la vida cotidiana. Tanto los ciudadanos como el gobierno utilizan estas ideas para “enmarcar toda acción social como un problema de gobernanza”⁷².

⁶⁹ Anderson (1990: 185).

⁷⁰ Jonathan Simon expone este punto en su libro *Governing through Crime* (2007).

⁷¹ Simon (2007), ver también Kupchik (2010).

⁷² “Cuando gobernamos a través del delito, hacemos que el delito y las formas de conocimiento históricamente asociadas a él—el derecho penal, la narrativa popular del delito y la criminología—estén disponibles fuera de sus limitados dominios temáticos originales como poderosas herramientas con las que interpretar y enmarcar todas las formas de acción social como un problema para la gobernanza” (Simon 2007: 17).

Según Simon, el lenguaje del sistema de justicia penal ha impregnado tanto todos los aspectos de la vida social que hemos llegado a creer que el control de la delincuencia es la solución a todos los males sociales. Sostiene que “las tecnologías, los discursos y las metáforas de la delincuencia y la justicia penal se han convertido en características más visibles de todo tipo de instituciones, donde pueden gravitar fácilmente en nuevas oportunidades de gobernanza”⁷³. Un ejemplo concreto de ello son las políticas de tolerancia cero en las escuelas. Las políticas de tolerancia cero tienen su origen en las estrategias policiales desarrolladas en los años ochenta para reprimir la delincuencia grave castigando las infracciones leves que se consideraban conducentes a delitos más graves. Algunas escuelas de mi estudio han implantado programas de “tres strikes”, en los que los alumnos son remitidos a la policía tras su tercera infracción disciplinaria. Esta política sigue el modelo de la ley “tres strikes” de California, que impone una condena obligatoria de entre veinticinco años y cadena perpetua a quien sea declarado culpable de un tercer delito grave. Simon concluye que “los problemas sociales de todas las variedades se tratan ahora como un problema de delincuencia: la pobreza, la desviación de los adolescentes y los conflictos en el lugar de trabajo y en la escuela”⁷⁴. En este libro, me baso en el trabajo de Simon para demostrar empíricamente cómo funciona el gobierno a través de la delincuencia a nivel cotidiano y cómo esta nueva forma de gobierno crea oportunidades limitadas, antecedentes negativos y, paradójicamente, una conciencia política para los chicos de este estudio.

La socióloga Devah Pager sostiene que el Estado sirve de “institución credencializadora, que proporciona una certificación oficial y pública de aquellos de entre nosotros que han sido condenados por delitos”⁷⁵. Decenas de jóvenes negros y latinos reciben credenciales del Estado que los marcan permanentemente como ciudadanos incompetentes y peligrosos. Además, Pager sostiene que “la credencial de antecedentes penales, al igual que las credenciales educativas o profesionales, constituye una clasificación formal y duradera del estatus social, que puede utilizarse para regular el acceso y las oportunidades en numerosos ámbitos sociales, económicos y políticos”⁷⁶. Descubrí que los chicos de este estudio experimentaron el proceso de recibir credenciales negativas, incluso antes de tener antecedentes penales. En la era del encarcelamiento masivo, las credenciales negativas van más allá de los antecedentes penales; a algunos chicos negros y latinos jóvenes y pobres se les confieren credenciales negativas desde una edad temprana. Las credenciales negativas en este sentido vienen en forma de criminalización del estilo y los comportamientos tachados de desviados en la escuela, por la policía y en

⁷³ Simon (2007: 4).

⁷⁴ Simon (2007: 4).

⁷⁵ Pager (2007: 4).

⁷⁶ Pager (2007: 4).

la comunidad. Las instituciones de la comunidad se unen para marcar a los jóvenes como riesgosos y peligrosos por conductas desviadas no delictivas y, como tales, les niegan afirmación y trato digno mediante prácticas estigmatizadoras y excluyentes. Como resultado, los jóvenes luchan por la dignidad, de modo que sus relaciones sociales, interacciones y actividades cotidianas se organizan en torno a mantener su libertad y sentirse capacitados en un paisaje social que parece negarles el reconocimiento humano básico⁷⁷. Mientras que algunos estudiosos creen que este tipo de jóvenes buscan agresivamente que se los respete, que los demás les rindan pleitesía y los ayuden a ganarse sus “insignias”, a mí me parece que estos jóvenes están, en un nivel más básico, luchando por la dignidad, exigiendo ser tratados como conciudadanos inocentes hasta que se demuestre su culpabilidad. Trabajar por la dignidad tiene que ver más con un sentido de humanidad que con un sentido de poder. Los psicólogos sociales que estudian el Derecho han descubierto que la forma en que las personas experimentan el sistema jurídico tiene mucho más que ver con si se sienten tratadas con justicia que con el resultado jurídico real. “Los procedimientos y el comportamiento procedimental que violan las normas básicas de cortesía se considerarán injustos tanto porque las reglas normativas básicas que se violan se valoran por derecho propio como porque el comportamiento descortés niega la dignidad del receptor como miembro de pleno derecho del grupo”⁷⁸. En otras palabras, las acciones de los jóvenes marginados negros y latinos deben entenderse en el contexto del deseo de ser reconocidos, de sentirse aceptados, de sentirse humanos, en lugar de la típica valoración de que son individuos ávidos de poder, de preferencia, que buscan respeto, como la mayoría de los relatos los presentan. En la era del encarcelamiento masivo, cuando los jóvenes marginados son gobernados a través de la delincuencia y marcados con credenciales negativas, muchos luchan por mantener su dignidad y persistir en una ecología social en la que son manejados por un complejo de control juvenil.

El complejo de control juvenil

El complejo de control juvenil es un sistema omnipresente de criminalización moldeado por el castigo sincronizado y sistemático impuesto por las instituciones de socialización y control social. Este complejo es el todo único derivado de la suma de las partes punitivas a las que se enfrentan los jóvenes. Aunque a algunas personas les pueda parecer trivial que un adulto al azar los llame “matón”, cuando a un joven un adulto al azar lo llama “matón”, un profesor le dice que nunca llegará a nada y un agente de policía lo cachea, todo en el mismo día, esta combinación es mayor que la suma de sus partes. Se convierte

⁷⁷ Véase la discusión de Anderson sobre la “campaña por la consideración social” (1990: 194).

⁷⁸ Lind y Tyler (1988: 237).

en una formación única—el complejo de control juvenil—que hace mella en la mente y en los resultados futuros de este joven. Este complejo es el efecto combinado del entramado de instituciones, escuelas, familias, empresas, residentes, medios de comunicación, centros comunitarios y el sistema de justicia penal, que colectivamente castigan, estigmatizan, vigilan y criminalizan a los jóvenes en un intento de controlarlos.

El complejo de control juvenil se compone de criminalización material y simbólica. La criminalización material incluye el acoso policial, la exclusión de negocios y espacios públicos de recreo, y la aplicación de políticas de tolerancia cero que conducen a salas de detención, suspensiones escolares y encarcelamiento. La criminalización simbólica incluye la vigilancia, la elaboración de perfiles, la estigmatización y las interacciones degradantes que los jóvenes soportan habitualmente. El castigo simbólico, en relación con la raza, puede entenderse como “microagresiones raciales”⁷⁹. Las microagresiones raciales son esos actos sutiles de racismo que la gente de color experimenta a diario, como ser seguido por el personal de seguridad en una tienda, ser detenido por la policía por coincidir con la descripción de un miembro de una pandilla criminal o ser ignorado en la escuela por los orientadores porque no se espera que llegue a la universidad. Se trata de microagresiones porque, en un momento dado, la policía, la seguridad y los consejeros pueden justificar su comportamiento diciendo algo así como: “Eso no fue racista; estaba cumpliendo la ley”. Si un joven se queja y lo califica de racismo, las autoridades suelen replicar afirmando que el joven “está jugando la carta de la raza”. Aunque unos pocos encuentros ocasionales con estas microagresiones raciales pueden no resultar perjudiciales, los encuentros negativos constantes llevan a los jóvenes a volverse adversarios del sistema, a perder la fe en él, a resistirse contra él o a desarrollar habilidades de resiliencia para hacerle frente. Como me dijo Emiliano, de diecinueve años, antiguo miembro de una pandilla que se hizo políticamente activo: “El racismo hace que algunos se quiebren, pero hace que otros batan récords”. Emiliano creía que las medidas policiales punitivas, las políticas escolares de tolerancia cero y la criminalización de los jóvenes negros y marrones en los medios de comunicación forman parte de un sistema de racismo que intenta intencionadamente incapacitar a los jóvenes de color. Uno de los resultados, por ejemplo, fue la comprensión de Emiliano del castigo como una lucha central para los jóvenes pobres de color y su creencia de que este es uno de los mecanismos centrales por los que se convirtieron en políticamente activos.

Emiliano y muchos de los otros jóvenes desarrollaron identidades políticas basadas en su resistencia a la criminalización y al complejo de control juvenil. Los jóvenes marginados

⁷⁹ Chester Pierce (1970) acuñó el término “microagresión”. Sostiene que los individuos racializados se ven afectados cada día por formas de racismo sutiles pero devastadoras en su conjunto. Los teóricos críticos de la raza se basan en su concepto: “Como el agua que gotea sobre la arenisca, pueden considerarse pequeños actos de racismo” (Delgado y Stefancic 2001). Tara Yosso (2006) utiliza el término para describir cómo los estudiantes chicanos experimentan el sistema educativo estadounidense.

que se enfrentan a un trato punitivo racializado “no son sólo seres humanos en formación, sino actores sociales con recursos que desempeñan un papel activo en la configuración de sus experiencias cotidianas”⁸⁰. Descubrí que los jóvenes de este estudio reconocían, analizaban con claridad y se resistían a la criminalización a la que se enfrentaban. Esta resistencia adoptó diversas formas. Algunos resistieron cometiendo delitos violentos, otros organizándose y bloqueando sus calles con automóviles robados y placas de hormigón para que los patrulleros no pudieran acceder a ellas; y otros resistieron convirtiéndose en organizadores políticos y regresando a la escuela. Gran parte de la literatura sobre el encarcelamiento masivo no ha sido capaz de dar cuenta de la agencia y la resistencia de las personas más afectadas por el estado punitivo. Además, algunos estudiosos han asumido que la gente del gueto está socialmente desorganizada y no es capaz de persistir y crear su propia eficacia social, es decir, la capacidad de tomar el control de su entorno social para resolver los problemas sociales que se les plantean⁸¹. Se pierde la agencia y se incapacita al gueto. En cambio, los jóvenes de este estudio se resistían constantemente. Algunas de sus desviaciones eran una forma de resistencia al control social punitivo.

Mientras que algunos de los jóvenes intentaron superar su criminalización resistiéndose, otros aceptaron el apoyo que recibieron de los pocos actores institucionales que les reconocieron. Los jóvenes que se enfrentaron a formas de control menos punitivas pudieron verse a sí mismos superando el complejo de control juvenil. En este sentido, los que desistieron lo hicieron porque se encontraron con una forma alternativa de control social, una que era “informal, descentralizada, inclusiva y no estigmatizante, situada en algún lugar fuera de los tentáculos de los sistemas estatales organizados de derecho penal, justicia penal, encarcelamiento y castigo”⁸². Pero, aunque la mayoría de los adultos de la comunidad intenten apoyar a los jóvenes, pueden verse limitados por políticas, filosofías, programas o recursos financieros inadecuados para ofrecer a los jóvenes desviados alternativas de éxito que les permitan reformarse. Como tales, estos adultos, a menudo bienintencionados, suelen recurrir a los recursos dominantes a su disposición: políticas de tolerancia cero, actuación policial punitiva y discursos y programas de justicia penal. Oakland tiene un largo historial de gestión de jóvenes marginados mediante el control social punitivo, la criminalización y marcándolos con credenciales negativas.

⁸⁰ Ferguson (2000).

⁸¹ Para una crítica de la literatura sobre desorganización social, véase Sánchez-Jankowski (2008).

⁸² Blomberg y Cohen (2003: 6).